



JOSÉ LUIS OLAIZOLA

**EL ANARQUISTA  
INDÓMITO**

LA LEYENDA DEL ÁNGEL ROJO

Al anarquista Melchor Rodríguez (1893-1972) se le conoce con el apodo de «el ángel rojo» por haber salvado miles de vidas de opositores políticos durante la Guerra Civil española.

Como Director General de Prisiones, Melchor Rodríguez se opuso, a riesgo de perder su vida, a los asesinatos de presos políticos que tanto Santiago Carrillo como José Cazorla, ambos del PCE, toleraron con el fin de exterminar a la llamada «quinta columna».

Miles de personas se salvaron de los fusilamientos en Paracuellos del Jarama y en el cementerio de Aravaca gracias a la valentía de «el ángel rojo».

Personalidades como Raimundo Fernández Cuesta, Agustín Muñoz Grandes, Bobby Deglané, Ramón Serrano Súñer o Rafael Sánchez Mazas así lo testificaron tras terminar la contienda.

A Marisa, mi pareja sentimental de toda la vida.

Melchor Rodríguez

## ACLARACIÓN

El autor de este libro ganó el Premio Planeta en 1983 con su novela *La guerra del general Escobar* en la que dedica un capítulo a la figura de Melchor Rodríguez, el ángel rojo, muy laudatorio de su persona.

Dieciocho años después, en el 2001, editó otra novela *El amante vicario* en la que vuelve a dedicar otro capítulo al mismo personaje en iguales términos laudatorios. Con lo que queda clara su estima por la figura de Melchor Rodríguez.

De ahí su alegría cuando se presenta en su domicilio el editor Alex Rosal, de LibrosLibres, y le propone escribir una novela sobre el citado ángel rojo, que no duda en aceptar ya que se le presenta la posibilidad de relatar por extenso la vida de un personaje tan querido por él.

El autor aclara que para la composición de esta novela, que comprende solo determinados aspectos de la vida de Melchor Rodríguez, se ha valido de todos los recursos literarios propios del género, incluso creando personajes de ficción para apuntalar el relato, pero respetando siempre el marco histórico.

A tal fin ha manejado una extensa bibliografía entre la que destaca la excelente biografía de Alfonso Domingo, titulada *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez*, de la editorial Almuzara. En caso de duda el autor se ha atendido a los datos contenidos en ella.

## I. MELCHOR RODRÍGUEZ, NATURAL DE TRIANA, SEVILLA

Melchor Rodríguez García, nació en el barrio de Triana, de Sevilla, el 30 de mayo de 1893. Por su trayectoria juvenil nada hacía suponer que acabaría siendo conocido como El Ángel Rojo por su destacada actuación en la Guerra Civil española de 1936/1939, ni cuanto menos que alcanzaría puestos de relevancia en el movimiento anarquista español.

Su padre, Isidoro Rodríguez, era marcadamente militarista ya que participó como soldado de reemplazo en la primera expedición española que tomó posesión de las islas Chafarinas, en Marruecos, hacia la primera mitad del siglo XIX; eran unos islotes que pese a su pobreza —carecían de agua potable— se consideraban de un gran valor estratégico, por ser el único puerto abrigado de los vientos del primer cuadrante norte. Isidoro tuvo una actuación destacada en aquella operación, ya que fue mencionado en la Orden del Día; al poco, cuando tomó parte en la conquista del Wad Ras, fue ascendido a cabo, y unos meses después a cabo primero. Se retiró licenciado a la península y siempre se sintió muy orgulloso de su condición de africanista. En Marruecos había servido a las órdenes de un joven teniente, Mola, por el que mostraba gran admiración, y que pasados los años se convertiría en el famoso general Mola, artífice de la sublevación militar de julio de 1936, a la que se opondría Melchor con alma y vida.

Cuando regresó a Sevilla con una medalla militar y con un ligera cojera consecuencia de una esquirla de metralla, se puso a trabajar en una modesta empresa que había

montado su padre, pero que la hubo de cerrar por falta de resultados. Llegó a pensar en regresar a Marruecos que lo tenía por Eldorado para la gente emprendedora como él, pero ya se había desposado con María García, una atractiva joven de 19 años que se encontraba en estado de Melchor, su primer hijo, y entendieron que era mejor dar a luz en Sevilla que en un país prometedor, pero más atrasado a la sazón.

En Sevilla reverdeció su gran pasión por el mundo del toro. En Marruecos había coincidido con otro soldado, sevillano como él, Manuel Fernández, con el que había hecho gran amistad, tanto por razón de paisanaje, como por estar muy vinculado al toro ya que pertenecía a una familia que, desde generaciones, servía en la ganadería de los marqueses de Almonte, que tenían sus dehesas en la denominada Ruta del toro, que discurre entre Sevilla y Algeciras.

En Marruecos echaban en falta el que no hubiera corridas, aunque lo comprendían ya que consideraban que el moro no tenía cultura para entender ese arte. Siempre hablaban del toreo con gran reverencia.

Cuando Manuel Fernández regresó a Sevilla se puso a trabajar en la ganadería almonteña y al cumplir los treinta años fue ascendido a la categoría de mayoral, la máxima que había alcanzado ningún miembro de su familia.

Fueron años de gran felicidad para Isidoro ya que su amigo Manuel Fernández le invitaba con frecuencia a visitar la dehesa, y llegó a participar en las tientas, siendo uno de los que con su capote encelaban a los toros bravos. En una de las tientas un hijo del marqués, que a la sazón lo era don Romualdo Hernández de Pastrana, le dijo:

—No se da usted mala maña con el capote, Isidoro.

Isidoro agradeció el cumplido y le dijo que había llegado a soñar en hacerse torero, pero cuando estaba en sazón para ello se cruzó el servicio a la patria y la patria estaba por encima de todo. Al hijo del marqués, que se llamaba Romualdo como su padre, le pareció muy bien, pero le dijo

que dadas sus disposiciones podía encontrar trabajo en su ganadería.

—Eso, claro está, si no está contento con el trabajo que tiene ahora, que creo que es en el puerto ¿no?

—Contento estoy, don Romualdo, pero me va menos que lo de andar enredando con el toro.

Su amigo, Manuel Fernández, también le animó; puede que ganara algo menos, pero no siempre, porque cuando llegaba la época de las corridas, y les salía una buena solían tener sus primas. Y en cuanto a salubridad no se podía comparar moverse entre vagones de carbón, a disfrutar de los aires del campo.

Pero la gran oposición le vino por parte de su mujer de la que estaba muy enamorado y le había dado otros dos hijos, Rosario y José, y confiaba que le daría más.

—¡Tú estás loco —le reprochó— a estas alturas y con tres hijos meterte a torero! ¡A quién se le ocurre!

Isidoro, pacientemente, le aclaró que no se trataba de hacerse torero, sino de trabajar en una ganadería, a lo que María le replicaba que en una ganadería siempre corría el peligro de que le dieran una cornada y... ¿qué iba a ser de ellos si la dejaba viuda y con tres hijos?

Paradojas de la vida. Isidoro, por complacer a su mujer, renunció a trabajar en la ganadería de los Almontes y siete años después falleció de la manera más impensada; mientras dirigía una operación de descarga de carbón, una de las vagonetas se desprendió de la vía, con tan mala fortuna, que cayó sobre su persona falleciendo en el acto.

Isidoro, como es natural, no sabía que iba a morir en la flor de la vida, y disfrutó mucho los últimos años de su existencia. Su trabajo en el puerto era muy cómodo, ya que su calificación de capataz de carga y descarga, le correspondía disponer lo que debían de hacer otros, para lo que se daba buena maña recordando sus tiempos de cabo primero en los que tenía que mandar a una tropa más levantisca que la de los cargadores del puerto que con su trabajo se

jugaban el jornal. Daba órdenes, pero él no tenía que hacer ningún esfuerzo físico, algo muy apreciado en su clase social. Cuando tenía que tener encuentros con los jefes del puerto, para recibir instrucciones, se vestía de corbata y se sentía muy señor.

Durante esos años su amistad con Manuel Fernández y con el hijo del marqués, fue creciendo, hasta convertirse en una desmesura que se la acabó contagiando a su hijo Melchor, sobre todo a partir de que cumplió los siete años, la edad de la razón, y era de razón que se asomara a un mundo que le estaba vedado a la mayoría de los mortales, pero no a su hijo.

Se desplazaba todos los domingos a la dehesa de los Almontes, y acabó siendo uno más de la cuadrilla. Llegó a conocer al mismo marqués, y tuvo la satisfacción de oírle decir que ya había oído hablar de él. ¿Bien o mal?, señor marqués, se atrevió a preguntarle. Y el marqués le respondió con una sonrisa afable.

Los domingos de primavera era cuando solían tener lugar las tientas, en las que tomaba parte Isidoro, y a su término se servían unos tacos de jamón y queso acompañados de vino de Montilla.

En estos eventos Isidoro se mostraba muy respetuoso y agradecido a la deferencia, y luego se lo contaba con mucha satisfacción a su esposa María, que se sentía muy orgullosa de que su marido departiera con gente tan importante, aunque le advertía que tuviera mucho cuidado de no acercarse a las vacas. «¡Son toros, mujer!», le aclaraba, «y en la dehesa se muestran más pacíficos que en la plaza».

Los diez días de vacaciones que le correspondían durante el verano los aprovechaba para acompañar a alguna de las corridas del marqués, que solían tener lugar en cosos de Andalucía y veía los toros desde la barrera.

Cuando Melchor cumplió los siete años pidió permiso a los marqueses para hacerse acompañar de su hijo.

—Quiero que tonga mis aficiones —les aclaró— y si está de Dios no me disgustaría que se hiciera torero.

Al marqués hijo no le pareció mal ya que en su familia desde muy pequeños se movían en aquel ambiente.

Para Melchor, acompañar a su padre a la dehesa, de la que tanto se hablaba en su casa, le produjo una gran satisfacción. Adoraba a su padre a tal extremo que en ocasiones tenía remordimientos pues pensaba que le quería más que a su madre, que era la que se ocupaba de él. María García había pertenecido a una familia ilustrada, con letras, y hasta llegó a pensar en ser maestra, pero su pronto matrimonio con Isidoro truncó esos sueños. Pero no perdió la afición y le enseñó a leer a Melchor cuando todavía no había cumplido los cinco años, y el niño se sintió muy ufano de entrar en la escuela, ya con letras, para las que siempre tuvo una gran soltura, pues desde muy joven comenzó a componer poesías, y de mayor compuso alguno de los himnos más famosos del anarquismo español.

A los ocho o nueve años la admiración de Melchor por su padre era reflejo de la que sentía su madre que siempre que hablaba de él era para preservarlo de todo mal. A padre —como les decía— no se le podía molestar nunca, porque trabajaba mucho para poder mantener a la familia y que no les faltara de nada. Todos los días debían dar gracias a Dios —era muy piadosa— por tener un padre tan cumplidor. A padre no se le podía discutir nunca y si les daba un bofetón —en aquellos tiempos no estaba mal considerado pegar a los hijos— era porque se lo tenían merecido. En la escuela debían ser muy aplicados para no disgustar a padre. Padre había sido un héroe que en África había salvado la vida de mucha gente y por eso le habían dado una medalla, aunque él no hiciera alarde de ello.

Esto último no era del todo cierto ya que en un lugar destacado de la casa lucía una fotografía de Isidoro Rodríguez, con su uniforme de cabo primera con unas charreteras que a su término sujetaban la famosa medalla, a la que

Isidoro se refería como muestra, no de su valor, sino de su amor por la patria. Para hablar de España se ponía de pie y, a veces hasta se destocaba, y cuando los políticos en el gobierno hacían algo malo procuraba disculparlos. A los militares que habían servido en África los disculpaba a todos. «¡Hay que ver lo que es aquello!» decía. Había tenido a mucha honra el haber servido a las órdenes del general Primo de Rivera, de quien contaba que una noche estando de guardia en un cerro batido por un viento helado —las noches africanas podían ser terribles—, se presentó de improviso el general, en una visita de inspección, le saludó afectuosamente y le preguntó que si se encontraba bien, a lo que Isidoro le contestó que se encontraría mejor si tuviera unos guantes, ya que se le quedaban las manos heladas. Y el general, con gran naturalidad le dijo: «Tome los míos». ¡Y le dio sus guantes!

El guante de la mano derecha, que era con la que sostenía el fusil y disparaba, acabó destrozado, pero el de la mano izquierda lo conservaba en una caja de caoba y, de vez en cuando, se lo enseñaba a las visitas explicando su origen.

Para ir a la dehesa del marqués, que distaba pocos kilómetros de Sevilla, se servían de un carricoche que le prestaba un compadre, también aficionado a los toros, y con el que Isidoro tenía atenciones. Pero sobre todo tenía simpatía para ganarse el favor de las gentes. En eso le insistía mucho a sus hijos: «ser simpático no cuesta nada, y te puede proporcionar mucho provecho». También les insistía en lo de ir bien vestido: «Cuesta lo mismo que ir mal vestido, y menuda diferencia». En eso mucho le ayudó la María García que cuidaba de que los niños fueran muy apañados: cuando vestían de pantalón corto llevaban medias largas, y en ocasiones vestían unos pantalones *breeches*, que estaban de moda en Inglaterra. Eso en cuanto a los dos chicos, porque a la niña ella misma le hacía los vestidos con muchos

adornos de encajes. Los domingos no consentía que salieran a la calle sin lustrarse los zapatos.

Esa costumbre del bien vestir la conservó Melchor toda su vida y en el denominado Madrid, rojo, cuando andaba con gente ruda, entre chekas, no era extraño que vistiera de chaqueta y corbata.

Cuando Melchor estaba para cumplir los once años, y marchaban en el carricoche camino de la dehesa, le hacía confidencias que consideraba que podían aprovechar a quien llevaba camino de hacerse un hombre. Y Melchor se atrevía a preguntarle:

—Padre, ¿por qué madre va tanto a misa y usted apenas pisa la iglesia?

—Vamos a ver, hijo —le respondía el padre—, a mí me parece muy bien que madre vaya a la iglesia, y que vosotros la acompañéis...

—¡Padre, pero es que a mí me ha hecho ser monaguillo! —se lamentaba el chico.

—Pues tampoco me parece mal, porque conviene estar a bien con los curas. Cuando yo estaba sirviendo en un tabor en Marruecos...

Cuando estaba en Marruecos tenían un capellán castrense, con el grado de capitán, con el que se entendía muy bien. No parecía un cura, fumaba y bebía mucho y soltaba tacos, pero era el primero en estar en la línea de fuego en los combates, para poder atender a quien precisara sus servicios. A él le solía decir: «A ti no te hacen falta mis servicios, Isidoro, porque te basta con tu ángel de la guarda».

—Porque yo, hijo —le explicaba— no tengo nada contra Dios, pero creer, lo que se dice creer, en quien creo es en el ángel de la guarda. Si no fuere por él no estaría vivo.

Y le contaba diversas ocasiones en las que estuvo a punto de morir, y en el último momento le salvó el ángel de la guarda.

—Tú, hijo, si llegas a ser torero, no te olvides nunca de tu ángel de la guarda. Me parecerá muy bien que tengas devociones a la Virgen, e incluso a más de una como es costumbre entre los matadores, pero no dudes que el que te sacará del apuro será tu ángel de la guarda.

También le aclaraba que pese a haberse encontrado en tantas situaciones de peligro había procurado matar lo menos posible.

—A veces pienso que puede que no haya matado a nadie, ya que procuraba no tirar a matar sino a partes del cuerpo de las que puedes salir vivo. No digo que en medio del fragor del combate, no haya herido mortalmente a alguien, pero no era esa mi intención. Eso que tenía muy buena puntería. La vida es sagrada, hijo, incluso la de tu enemigo también es sagrada. Piensa que quien hoy es tu enemigo, mañana puede ser tu hermano, o poco menos.

Y le contaba que después de la batalla de Wad Ras, hicieron prisioneros, y algunos querían matarlos a todos, pero el teniente Mola dispuso que se les empleara en obras de fortificación. A él le correspondió dirigir una cuadrilla en la que había un chico joven con el que acabó haciendo gran amistad.

—No digo que fuéramos como hermanos, pero tenía toda clase de atenciones conmigo, y llegó a ofrecirme una hermana suya. ¿Para casarme?, le pregunté riendo. No hace falta que te cases, me explicó, pero puedes servirte de ella, porque eres una buena persona. Esto me lo diría porque entre ellos es costumbre tener más de una mujer, pero yo no acepté y casi se ofendió.

Se quedó pensativo y le explicó a Melchor:

—Cuando seas un poco mayor y puedas entenderlo, te explicaré cómo debes comportarte con las mujeres. En el mundo del toreo puede ser un asunto muy enojoso.

Pero como se murió antes de que Melchor se hiciera mayor se quedó sin recibir de su padre los consejos prometidos.

Melchor cayó muy bien en la dehesa del marqués.

Al mayoral, Manuel Fernández, no le pareció mal que su padre quisiera hacer de él un matador de todos. Y al marqués tampoco ya que acostumbraba a patrocinar a jóvenes que aspiraban a ello.

El mayoral al varío por primera vez, comentó:

—Planta no le falta para los años que tiene.

Melchor, a los diez años, parecía mayor y se le veía robusto y con gran soltura de movimientos.

Para el chico fueron los meses o años más felices de su vida y, por eso, la prematura muerte de su padre fue una tragedia. Porque su padre era el artífice de que fuera todos los domingos y algunas semanas del verano a la dehesa, en la que era bien tratado por ser hijo de quien era. Un padre que todo lo hacía bien, y que encima no le gustaba matar a la gente. Si hubiera querido hubiera podido matar a cientos, porque tenía muy buena puntería, pero no quiso. Animales no le importaba matar y los domingos de los meses de febrero y de marzo, en los que había menos labor con el ganado, el señor marqués organizaba cacerías y su padre era el que más perdices mataba a pesar de disparar con una escopeta del veinte, que le prestaba el mayoral. Si mataba, por ejemplo diez, se quedaba con dos y las otras eran para el señor marqués; un domingo llegó a matar veinte.

Otro punto en el que su padre insistía mucho era en lo que llamaba «saber estar».

—Hay que saber estar, hijo, y cuando habla una persona de mayor respeto, escucharla con atención, y no dar tu parecer si no te lo preguntan. Y si te lo preguntan dar tu opinión con modestia.

Aunque padre entendía mucho de toros, cuando hablaba el hijo del marqués, y el mismo mayoral, y no digamos alguno de los matadores que frecuentaban la dehesa, se reservaba su opinión.

Melchor llegó a conocer varios matadores famosos, que se movían con gran soltura por la dehesa y eran tratados

con respeto hasta por el señor marqués. Había uno, Torquito, que no faltaba a ninguna de las tientas, siempre vestido con pantalón de talle, chaquetilla corta y sombrero cordobés con el que se cubría una larga y trenzada coleta de pelo natural. Tenía unos andares muy cadenciosos, como si estuviera siempre en posición de entrar a matar, y lo curioso es que era de Bilbao. Su padre decía que todos los de Bilbao eran muy fanfarrones, pero Torquito le cayó muy bien a Melchor porque fue el primero que le animó a dar unos pases a una becerra. Lo hicieron al alimón, pero no de una manera improvisada sino explicándole muy bien el torero como tenía que coger la capa por un extremo, con las dos manos, y no de cualquier modo sino de suerte que pudiera soltarla rápido si el animal se enganchaba en ella. Él la tomó por el otro extremo y le dieron media docena de pases al astado muy medidos, según expresión de Torquito, que al final tuvo palabras de elogio para el chico:

—Lo has hecho muy bien, chaval. Sin asustarte y templando. ¿Has tenido miedo?

—Un poco, señor.

—Eso es bueno. Al toro hay que templarlo, pero siempre con respeto y un poco de miedo no está de más.

Era la primera vez que Melchor se ponía delante de un toro y cuando volvían a casa le preguntó muy emocionado a su padre:

—¿Usted cree que sirvo para esto, padre?

—Eso Dios dirá —fue su lacónica respuesta.

Melchor pensó que su padre recurría a Dios, solo para lo que le interesaba.

A partir de ese día Melchor comenzó a familiarizarse con los animales, se movía entre ellos procurando adivinar sus intenciones. Cuando les visitaba un matador de postín y en aquel año desfilaron por la dehesa nada menos que Joselito y el Gallo, ambos en la cumbre de su fama, su padre le decía que sabiendo estar, no perdiera detalle de cuánto hicieran o dijeran, y Melchor se daba cuenta de la importan-